

que caracteriza a la casa de Abrahán es la Alianza, a cuya fidelidad está ligado el cumplimiento de las promesas. Se trata de una comunidad dependiente de una cabeza, unida por un vínculo religioso, lo que no impide que se sigan manteniendo en su base las implicaciones de todas las estructuras domésticas. Lo radicalmente singular respecto a la casa grecorromana, es que el culto que se tiene en cada casa del pueblo es el mismo, pues hay un Dios único.

El capítulo tercero, «La casa de Dios que somos nosotros consolidada en la tierra por la Encarnación del Verbo» (pp. 130-163), estudia la casa de Dios, en la que se encuentran santificador y santificados gracias a un nuevo vínculo. Cristo es Hijo sobre su casa. En ella se mantiene la dimensión doméstica, asumida por la Nueva Alianza. Gracias a la Encarnación del Verbo se dan las relaciones paterno-filiales, de tal modo que esta casa se convierte en el ámbito privilegiado para recibir la revelación del misterio trinitario. La relación entre Cristo y la Iglesia ilumina, de un modo muy particular, el profundo sentido religioso de la institución familiar, tal y como expresa san Pablo en el capítulo quinto de la *Carta a los Efesios*: gracias a la unión de Cristo, del que es imagen Abrahán, con la Iglesia, de la que es imagen la mujer libre, Sara, en la casa de Dios es donde se recibe

la herencia, y se realiza la dinámica de toda la existencia cristiana. La mujer, la *mater familias*, adquiere así una dignidad muy especial en la casa cristiana.

Y no sólo ella, ya que la nueva vida en Cristo trastoca tanto el orden divino como el interno de la casa: la igualdad de sus miembros ante Dios; la libertad religiosa y la libertad para abandonar el hogar y formar uno nuevo, la Iglesia; la casa como foco de evangelización y en la que se hacen vida las enseñanzas de las parábolas. Es así que la familia es la primera beneficiaria de los frutos de la obra de Cristo, y con ella la sociedad misma, cosa que contribuyó a su rápido reconocimiento público. A estas cuestiones se dedican los capítulos cuarto «Las casas en la acción evangelizadora de Jesús» (pp. 165-204) y quinto «Las casas en la primera implantación de la Iglesia» (pp. 205-275), en los que se remarca la idea de que las casas no son simplemente un espacio físico en el que Jesús se establece cuando lleva a cabo su misión o en el que se reúne con otras personas o donde se reúnen los cristianos para dar catequesis: las casas cristianas, iglesias domésticas, tienen una dimensión religiosa muy profunda, cuya consideración puede prestar un servicio muy grande a las reflexiones actuales sobre la familia.

Juan Luis CABALLERO

Leo J. ELDERS, *Thomas d'Aquin et ses prédécesseurs. La présence des grands philosophes et Pères de l'Église dans les œuvres de Thomas d'Aquin*, Paris: Les Presses Universitaires de l'IPC, 2015, 412 pp., 15,5 x 23, ISBN 979-10-93043-12-8.

El profesor Leo Elders, miembro emérito de la Pontificia Academia de Santo Tomás, es internacionalmente conocido por sus publicaciones teológicas y filosóficas, muchas de las cuales versan sobre el Aquinate.

Como narra él mismo, es discípulo de santo Tomás desde los diecisiete años, cuando leyó *Los grados del saber* de Jacques Maritain. Su primera publicación sobre el *Doctor communis* fue un artículo en la *Revue thomiste* (1961),

titulado «Justification des cinq voies» y a ella siguieron muchas otras, en un ritmo ascendente conforme pasaron los años.

La obra más reciente de Leo Elders versa sobre los «predecesores» del Aquinate, que son –como sugiere el subtítulo– los grandes filósofos y los padres de la Iglesia presentes en sus obras. Es acertado que el autor haya querido personalizar lo que otros hubieran llamado «fuentes», porque el propio Tomás suele nombrar a las personas antes de los escritos que cita y, con una actitud dialogante, se sabe arraigado en la gran tradición cultural y religiosa. El libro está dedicado a Benedicto XVI, «defensor de la armonía entre la fe y la razón».

El arco temporal de los «predecesores» abarca más de un milenio, como también es amplia su procedencia geográfica y diferente su filiación religiosa. Cuatro de los dieciséis capítulos versan sobre la recepción del platonismo en las obras de santo Tomás, desde el propio Platón hasta el neoplatonismo tardo-antiguo del *Liber de causis*, y la crítica de las doctrinas gnósticas de filiación platónica. La influencia de Aristóteles ocupa dos capítulos: uno recoge el modo característico en que santo Tomás recurre a él y el otro trata de sus comentarios a las obras del Estagirita. Un capítulo sobre la influencia de Séneca y Cicerón muestra que el Aquinate también consulta a los estoicos, de modo preferente sobre las pasiones y virtudes. La presencia de Avicena y Averroes como representantes de la filosofía árabe ocupa dos capítulos, y otro capítulo atestigua el interés de santo Tomás por los filósofos judíos Avicibrón y Maimónides. En la parte central del libro, entre la filosofía greco-romana y la árabe-judía, hay varios capítulos sobre los representantes de la patrística con quienes más dialoga el Aquinate –san Agustín, san Jerónimo, san Juan Crisóstomo, Boecio, san Gregorio Magno, san Juan Damasceno– y, del alto medievo, san Anselmo.

Para reflejar este panorama y trabajo de santo Tomás, «escuchando» e implicando en su propio discurso todas estas voces, es necesario un conocimiento amplio, exacto y profundo de la obra aquiniana; es una cualidad que, en efecto, se manifiesta en este libro. Cada uno de estos personajes se introduce con una breve presentación contextual, para luego recoger los lugares más significativos, señalando el modo en que entran en la reflexión y el discurso del Aquinate. Una aportación de particular interés y utilidad es el capítulo sobre los comentarios a las obras aristotélicas, como una guía para entenderlas y conocer la actitud y el modo de proceder de santo Tomás ante esos textos. Cabe destacar también el amplio y detallado estudio sobre el tratamiento que reciben las fuentes platónicas y neoplatónicas en la obra aquiniana, ya que es un aspecto menos conocido. La conclusión a la que llega Leo Elders tras su investigación es que santo Tomás ha estudiado las teorías de sus «interlocutores» con una objetividad perfecta, que ha sabido captar los elementos centrales de su pensamiento y discernir el valor de lo bien fundado (p. 15).

El libro está escrito con un estilo claro y comprensible, a la vez que académico. Resultan útiles algunos recursos didácticos que emplea el profesor Elders, debido quizá a los muchos años de enseñanza: así, para algunas fuentes de especial relieve ofrece al final del capítulo correspondiente los elementos clave asumidos por santo Tomás, por ejemplo «formulas lapidarias» de san Jerónimo, «proposiciones frecuentemente citadas» del *Liber de causis*, o «los principios ontológicos del platonismo». Desde el punto de vista científico destaca el libro por la fiabilidad del contenido, por la perfección y exactitud en la presentación de los datos, así como por el método de análisis y síntesis junto con la profundización de lo expuesto. El libro ofrece también un *index nominum y rerum*.

Elisabeth REINHARDT